

CAPÍTULO SEPTIMO

IRAK

IRAK

Por José Luis Calvo Albero

El conflicto iraquí continuó siendo, durante el año 2004, uno de los acontecimientos centrales de la política internacional. Su evolución fue irregular, con momentos esperanzadores y otros decididamente negativos. La impresión general es pesimista, aunque no faltan algunos síntomas de cierta estabilización política, desgraciadamente todavía muy frágiles.

Las divisiones surgidas en la comunidad internacional durante los meses previos al conflicto se han suavizado un tanto, pero se mantienen en gran medida. La Administración Bush se ha visto frecuentemente en dificultades por los acontecimientos en Irak aunque, finalmente, estos no han tenido el efecto negativo que se esperaba en las elecciones presidenciales. Sobre el terreno la situación se ha agravado en algunas zonas, especialmente en aquellas con una fuerte presencia de población sunní, pero ha mejorado en otras, sobre todo en el Sur chií y en las zonas del Norte bajo control kurdo. La transferencia de autoridad realizada en junio introdujo en escena a un gobierno provisional iraquí cuya legitimidad transitoria ha sido en general reconocida internacionalmente, y cuya gestión ha sido más decidida y eficiente de lo que se esperaba en un principio. Por último, las elecciones legislativas del 30 de enero de 2005 se han desarrollado en un clima de violencia extrema y excepcionales medidas de seguridad, pero el mero hecho de que hayan tenido lugar supone un síntoma de la voluntad de normalización presente en gran parte de la sociedad iraquí.

En el momento de escribir estas líneas el conflicto se encuentra en una fase muy importante, si no decisiva, tras la celebración de las elecciones legislativas. La violencia se extiende por toda la zona Centro-Norte del país y comienza a advertirse un creciente cansancio de los estados con fuerzas desplegadas sobre el terreno. La previsible victoria de los partidos

chíes y la reacción del resto de los grupos étnicos y religiosos ante ella marcarán el inicio de una nueva fase, quizás definitiva, en el conflicto.

Pero el propósito de este capítulo es abordar el problema iraquí desde el punto de vista de la estrategia militar, analizando especialmente los planteamientos estratégicos y operacionales de las fuerzas armadas de la Coalición, y el éxito o el fracaso de sus operaciones frente a una insurgencia que no ha cesado de fortalecerse y que se ha mostrado despiadadamente eficaz.

LOS PROBLEMAS ESTRATÉGICOS EN LA FASE PREVIA AL CONFLICTO

Desde el momento en que se planteó la posibilidad de un ataque contra Irak, surgieron polémicas en el Pentágono sobre la forma de abordar el problema. En los meses previos al conflicto quedo ya en evidencia que éste difícilmente se desarrollaría según las premisas clásicas de la *Doctrina Powell*, teórica referencia para políticos y militares norteamericanos a la hora de utilizar las fuerzas armadas en el exterior. Por otra parte, esto no era visto con excesiva preocupación por muchos de los responsables del Pentágono, especialmente por el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, que consideraba la *Doctrina Powell* excesivamente cautelosa y restrictiva, así como propensa a consumir enormes recursos.

Lo cierto era que la mayor parte de los planteamientos del conflicto en ciernes no podían ser más opuestos a las exigencias de la *Doctrina Powell*. No se había conseguido establecer una sólida alianza militar internacional para emprender la operación; los países vecinos a Irak, a excepción de Kuwait, no se mostraban dispuestos a apoyar la intervención, cuya legitimidad además estaba sujeta a fuertes polémicas internacionales, y tampoco nadie, a excepción de británicos y australianos, se mostraba dispuesto a prestar apoyo económico, como hicieron en 1990 saudíes, japoneses y alemanes. El único respiro lo daba la opinión pública interna que, aunque dividida, apoyaba en general la operación, presentada como una continuación lógica de la guerra contra el terrorismo.

Pero quizás la carencia más grave tenía que ver con los objetivos de la campaña. La *Doctrina Powell* remarcaba la necesidad de objetivos claros, bien definidos y comprensibles para la opinión pública. El objetivo inicial estaba muy claro: acabar con el régimen de Sadam Hussein; pero los objetivos posteriores resultaban vagos, fundamentalmente porque la falta

de apoyos internacionales, e incluso la abierta hostilidad de algunos estados árabes, introducían un inquietante factor de incertidumbre sobre la situación post-Sadam.

Esta incertidumbre hizo que el planeamiento de la campaña se centrara fundamentalmente en su primera fase, es decir en la derrota de las fuerzas regulares iraquíes, estableciéndose sólo directivas muy generales para las fases posteriores. Pero la campaña militar, incluso en esta primera fase, provocó ya dolores de cabeza a los planificadores. En primer lugar no había acuerdo dentro del propio Pentágono sobre el diseño de la fuerza necesaria para acometer la operación. El Secretario Rumsfeld era partidario de una fuerza reducida, que utilizase al máximo su ventaja tecnológica, su cohesión y su agresividad para provocar un rápido colapso de las fuerzas iraquíes. Algunos militares más conservadores, como el Jefe de Estado Mayor del Ejército General Eric Shinseki, se mostraban preocupados por la posibilidad de que una fuerza demasiado pequeña pudiese quedar en mala situación si las hostilidades se prolongaban; además, la necesidad de controlar un país como Irak, con 25 millones de habitantes y un tamaño considerable, aconsejaban a su juicio una fuerza más numerosa.

La polémica sobre el diseño de la fuerza llegó a ser en ocasiones muy enconada. Finalmente, el Jefe del Mando Estratégico Central y encargado de dirigir la campaña, General Tommy Franks, consiguió llegar a un compromiso por el que se crearía una fuerza mayor y más pesada que la prevista inicialmente por Rumsfeld, pero sin llegar a los 300.000 efectivos terrestres que Shinseki consideraba imprescindibles.

Otro asunto preocupante era la falta de bases de operaciones adyacentes al territorio iraquí, que permitiesen concentrar las fuerzas e iniciar la operación. El único vecino de Irak que se mostraba dispuesto a aceptar la presencia de fuerzas norteamericanas en su suelo era Kuwait. Jordania solo permitía un despliegue muy limitado y Turquía era una gran incógnita. Aliado tradicional y fiel, su gobierno no veía en esta ocasión con buenos ojos un ataque contra un vecino musulmán, que podía además desestabilizar la sensible zona fronteriza turco-iraquí y dar alas a los grupos kurdos en Irak.

El Pentágono contó inicialmente con Turquía y, de hecho, la operación militar por tierra se basaba en el rápido avance de dos divisiones mecanizadas, una desde territorio turco y otra desde Kuwait, convergiendo ambas sobre Bagdad. Cuando el parlamento turco finalmente rechazó el

paso de fuerzas norteamericanas por su suelo, solo unos días antes del ataque, la operación militar sufrió un grave contratiempo. De hecho, al poder utilizar solo Kuwait como base de partida, las operaciones se volvieron más previsibles, y la posibilidad de lograr un colapso rápido disminuyó. Además, el hecho de que hubiera que reorientar a la división que debía tomar posiciones en Turquía (la 4ª Mecanizada) hacia Kuwait, implicaba que no podría entrar en acción hasta semanas después de iniciada la ofensiva.

Así pues, pese al estado casi ruinoso del ejército iraquí, la operación no se presentaba sencilla. Faltaban aliados, faltaban bases de operaciones, los objetivos a largo plazo no estaban demasiado claros y no había consenso en cuanto al diseño de la fuerza necesaria. Estos problemas estratégicos iniciales terminarían por ejercer una influencia muy negativa sobre el desarrollo posterior del conflicto.

LAS OPERACIONES CONVENCIONALES (MARZO- ABRIL 2003)

Las operaciones militares comenzaron finalmente en marzo de 2003. La 4ª División estaba todavía reorientándose hacia Kuwait, pero esperar a su llegada podía suponer otro mes más de retraso. Descartada la penetración por el Norte, la única opción era un rápido avance desde el Sur hacia Bagdad, apoyado por una acción secundaria sobre la segunda ciudad del país, Basora. Se planearon también algunas pequeñas operaciones en el Oeste para eliminar las posibles zonas de lanzamiento que las lanzaderas de misiles *Scud* pudieran utilizar para atacar Israel. La operación se había diseñado de tal forma que un masivo ataque con miles de armas inteligentes, lanzadas desde buques y aeronaves, desmembrase todo el sistema de mando iraquí, e incluso la propia estructura del poder político, permitiendo el avance fulgurante de la 3ª División Mecanizada hasta las inmediaciones de Bagdad. Se esperaba que esta abrumadora demostración de poder militar provocase el colapso inmediato del régimen.

Lo cierto es que las cosas no salieron en apariencia muy diferentes a lo que se había esperado, pero el colapso del régimen se retrasó. La distancia de Kuwait a Bagdad era de unos 600 Km., y se demostró excesiva para cubrirla con seguridad en pocos días. Los ataques de las unidades irregulares, creadas por el régimen de Sadam como última defensa, se mostraron descoordinados y poco efectivos, pero alarmaron extraordinariamente a los mandos norteamericanos que se encontraban con unas líneas de comunicaciones largas y vulnerables.

Las preocupaciones por la vulnerabilidad de la retaguardia obligaron a efectuar una breve pausa en las operaciones. Esto permitió consolidar las líneas de comunicación, aunque para ello fue necesario empeñar tanto la División 101 de Asalto Aéreo, como una Brigada de la 82 División Aerotransportada, única reserva en las manos del jefe de las fuerzas terrestres. Mientras tanto, el contingente británico conseguía cercar Basora con facilidad y la 1ª Fuerza Expedicionaria de Infantería de Marina abría una segunda dirección de penetración hacia Bagdad, a través de la zona Este del país.

Con estas medidas se consiguió reiniciar el avance con seguridad, pero las fuerzas disponibles para entrar en Bagdad se redujeron considerablemente. Fue entonces, con los *marines* y las primeras unidades de la 3º División entrando ya en la capital, cuando se produjo el esperado colapso. El régimen se derrumbó como un castillo de naipes, las unidades de la Guardia Republicana se disolvieron y, lo peor de todo, la administración civil pareció colapsarse también completamente. El problema para las fuerzas norteamericanas fue que apenas el equivalente a dos Brigadas estaba en condiciones de controlar la ciudad, con sus cuatro millones de habitantes, y aún estas unidades debían moverse con precaución ante una situación incierta en la que aún persistían bolsas de resistencia. Pero no había más fuerzas disponibles; el resto se encontraban diseminadas a lo largo de las largas rutas de avance, en muchos casos reduciendo resistencias en retaguardia.

El resultado fue que el caos se apoderó de la capital. Los saqueos y desórdenes se generalizaron y las fuerzas norteamericanas no pudieron hacer gran cosa por impedirlo. No se sabe todavía con certeza hasta qué punto los desórdenes fueron instigados por el propio régimen de Sadam, como una forma de ocultar su huida, desacreditar a las fuerzas de ocupación y crear las condiciones propicias para la organización de un movimiento insurgente. Se trata de una hipótesis probable que, de ser cierta, resultó muy favorecida por la escasez de fuerzas disponibles de la Coalición.

Pero la falta de fuerzas tuvo consecuencias aún más graves al Norte y Oeste de Bagdad. Esta era la zona donde el régimen tenía sus mayores apoyos entre la población árabe sunní, tradicional monopolizadora del poder político en Irak. Las fuerzas irregulares eran allí especialmente fuertes y motivadas pero, dado que la 4ª División no pudo penetrar desde Turquía, esas fuerzas quedaron prácticamente intactas, reforzadas además por los restos de la Guardia Republicana, las fuerzas especiales y los

servicios de inteligencia del régimen, cuyos miembros pertenecían en su mayor parte a las tribus locales.

Si la 4ª división hubiese penetrado por esas zonas en su avance hacia Bagdad, sin duda las fuerzas irregulares le hubieran ocasionado graves problemas, pero no cabe duda de que, ante la potencia de fuego norteamericana, éstas hubieran sufrido un castigo devastador, quedando desarticuladas en gran parte y haciendo mucho más difícil la posterior organización de la insurgencia. Pero lo cierto es que, cuando las primeras fuerzas de la Coalición llegaron a la zona, Bagdad había caído y los seguidores del régimen eran ya conscientes de que el enfrentamiento abierto era un suicidio, y que la lucha debía organizarse desde la clandestinidad.

Las fuerzas norteamericanas no abandonaron del todo el Frente Norte, lanzando parte de una brigada paracaidista sobre el área dominada por las guerrillas kurdas, y atacando allí los feudos de la organización *Ansar al Islam*, relacionada con *Al Qaeda*. Pero tanto los paracaidistas norteamericanos como los *peshmergas* kurdos eran demasiado débiles como para hacer algo más que controlar los campos petrolíferos en torno a Mosul y cercar tanto esta gran ciudad como Kirkuk, que finalmente terminaron por negociar su rendición.

Las seis semanas de operaciones convencionales dejaron satisfechos a casi todos los implicados. El Presidente Bush había conseguido sus objetivos en un tiempo record y con unas bajas propias, civiles e incluso enemigas muy reducidas; el secretario de Defensa Rumsfeld encontraba motivos para reforzar su idea de operaciones rápidas y agresivas, llevadas a cabo por fuerzas reducidas y tecnológicamente superiores; los militares más convencionales miraban orgullosos, mientras tanto, las clásicas imágenes de las columnas acorazadas avanzando flanqueadas por cazabombarderos y helicópteros de ataque.

El 1 de mayo, el Presidente anunciaba triunfante el final de las operaciones principales. Sin embargo, los problemas estratégicos previos al conflicto, y la forma en la que habían influido sobre las operaciones convencionales, estaban ya provocando una situación muy problemática sobre el terreno.

LOS INTENTOS DE ESTABILIZACIÓN Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA INSURGENCIA (MAYO 2003- MARZO 2004)

La caída de Bagdad fue seguida por un derrumbamiento generalizado de la resistencia en todo el país. Sin embargo, las pequeñas acciones hos-

tiles contra las fuerzas de la Coalición nunca cesaron. En principio eran llevadas a cabo por restos de las milicias del régimen, y por algunos combatientes extranjeros, normalmente *yihadistas* llegados para combatir a EEUU.

Pero más graves que estos ataques esporádicos eran los actos de sabotaje contra las infraestructuras, en los que se podía ver un plan más elaborado y metódico. De hecho, el propio régimen, antes de desaparecer, privó de suministro eléctrico a las principales ciudades del país, aunque entre los ataques aéreos norteamericanos, los saqueadores y los saboteadores resultaba difícil repartir responsabilidades. Para gran parte de la población lo más sencillo fue echar la culpa a las fuerzas ocupantes, tanto de la destrucción de las infraestructuras como del retraso en su reparación. Los sabotajes no solo se limitaron a los servicios públicos. Las instalaciones de muchas fábricas y empresas quedaron también inutilizadas, privando a un buen número de iraquíes de su sustento. Muchos técnicos que intentaron colaborar con las fuerzas de la Coalición en la recuperación de algunos servicios fueron asesinados.

Frente a esta campaña planificada de sabotajes el comportamiento de las fuerzas norteamericanas demostró poca previsión. Faltó agilidad a la hora de pasar de la fase de operaciones convencionales a la de estabilización. La mayor parte de las unidades militares mantuvo un enfoque totalmente bélico tras el evidente derrumbamiento del régimen.

El caso es que el control militar fue lento y tenue, la población se enfureció por la falta de servicios básicos y por ciertas actitudes de las fuerzas de la Coalición, y se demostró que tanto los planes de transición hacia una operación de estabilización, como los recursos destinados a la reconstrucción, eran claramente insuficientes. Sin embargo, en ese periodo entre finales de abril y mediados de junio, las fuerzas de la Coalición, especialmente las norteamericanas, tuvieron una extraordinaria oportunidad para estabilizar razonablemente el país y abortar el nacimiento de la insurgencia. Los elementos que después constituirían los grupos insurgentes eran todavía débiles, su coordinación era rudimentaria y se encontraban en parte desconcertados por el derrumbamiento del régimen. La mayoría de la población estaba dispuesta a aceptar a la Coalición como liberadores, siempre y cuando trajesen con ellos algo de la tranquilidad y prosperidad que no habían disfrutado durante décadas. Pero el extraordinario esfuerzo realizado en la campaña militar no tuvo su continuación en los primeros meses de posguerra.

Las razones para ello fueron diversas. Desde el punto de vista militar, el contingente de fuerzas disponibles seguía siendo escaso, pese a la incorporación de la 4ª División a mediados de abril. Muchas ciudades, y la mayoría de las zonas rurales, apenas sintieron una esporádica presencia de las tropas de la Coalición. Algunos atentados suicidas contra las tropas norteamericanas influyeron poderosamente en el comportamiento de los soldados, que sospechaban de cualquiera que se les acercase, y utilizaban a veces sus armas de forma precipitada. La propia cultura militar norteamericana, que adolece de una visión del fenómeno bélico excesivamente concentrada en el enfrentamiento abierto, perjudicó la imagen de los soldados ante la población civil.

En el Sur, las fuerzas británicas, más acostumbradas a lidiar con el control de sociedades y culturas extranjeras, obtuvieron un éxito mayor. Esto se debió en parte a que la situación era más favorable, con una población mayoritariamente chií que, pese a que mostraba poco entusiasmo con los recién llegados, generalmente no se oponía a ellos de forma violenta. Pese a ello los británicos tampoco se libraron de algunos ataques por parte de iraquíes irritados por la presencia extranjera, y por lo que consideraban afrentas a sus costumbres sociales y religiosas.

Pero, aunque el comportamiento de las fuerzas militares sobre el terreno distaba mucho de ser brillante, los acontecimientos más negativos seguían teniendo lugar en los niveles político y estratégico. La victoria militar y el derrumbamiento del régimen hacían necesaria la creación de una autoridad provisional capaz de administrar el país hasta el traspaso de poderes a un nuevo gobierno iraquí. Tal gobierno había que crearlo prácticamente de la nada, pues EEUU no fue capaz de promover un gobierno iraquí en el exilio con cierta legitimidad, lo que ya constituía una importante falta de previsión diplomática.

El plan previsto era crear una autoridad provisional de la Coalición bajo el mando del general retirado Jay Garner, un hombre relacionado con el Secretario Rumsfeld. Garner comprobó pronto que la situación era bastante caótica, el estado de las infraestructuras y la administración estatal iraquí mucho peor de lo esperado y los recursos para hacer frente a esa situación escasos. Por si fuera poco, su figura pronto fue cuestionada ya que el nombramiento de un ex general no fue visto internacionalmente con muy buenos ojos, y se le acusó además de inacción. El golpe de gracia para Garner fueron finalmente las luchas internas entre las Secretarías de Estado y de Defensa, de las que surgió como nuevo responsable de la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA) el diplomático Paul Bremer.

Bremer era un hombre teóricamente próximo al Departamento de Estado y a Colin Powell, pero que de hecho informaba de sus acciones directamente a Rumsfeld. El nombramiento de dos responsables de la CPA en un mes, en un periodo especialmente crítico del conflicto demostró de nuevo imprevisión, y añadió confusión a las acciones militares sobre el terreno.

Aunque el apresurado relevo en la CPA fue en sí mismo negativo, lo que más afectó al desarrollo posterior del conflicto fueron las primeras decisiones de Bremer. Considerando todavía al régimen baasista como el enemigo a batir, decidió apartar totalmente a los antiguos miembros del partido *Baas* de la administración del estado y disolver las fuerzas armadas.

La decisión fue excesivamente radical. Muchos miembros de base del *Baas* que conocían las estructuras del estado, y estaban dispuestos a colaborar con la CPA, fueron apartados de sus cargos, haciendo aún más profundo el colapso de la administración y los servicios públicos. La disolución de las fuerzas armadas privó a las fuerzas norteamericanas de uno de los instrumentos más eficaces para el control del país. Muchos cuadros de mando y soldados que terminaron en su casa sin sueldo decidieron unirse a la insurgencia, mientras otros protagonizaban masivas protestas públicas y algunos más tomaban directamente el camino de la delincuencia.

Pero, si en el interior del país los propios norteamericanos se privaban de los elementos que podían haberles permitido compensar la escasez de fuerzas militares, la situación no se presentaba mucho mejor en el exterior. EEUU intentó engrosar la Coalición, animando a aquellos estados que habían apoyado de una forma u otra la operación militar a enviar fuerzas al país. En esta ocasión contó con el respaldo de la resolución 1483 del Consejo de Seguridad de NNUU, que pedía la colaboración con las potencias ocupantes en aras de la estabilización. Aunque los resultados fueron aparentemente notables (más de 30 estados respondieron con contingentes militares) en la práctica la presencia militar aliada fue de un valor muy relativo.

La mayoría de los contingentes eran muy pequeños, a veces meramente simbólicos; su equipamiento y mentalización eran los propios para una operación de apoyo a la paz, pero no para el combate contra una insurgencia cada vez más agresiva. En muchos de los países que enviaron fuerzas, una parte importante de la opinión pública era contraria a esa participación,

lo que limitaba enormemente el empleo de las unidades sobre el terreno. Además, fallaron los países que hubiesen podido enviar contingentes grandes, próximos culturalmente a la población iraquí, razonablemente bien entrenados y capaces de soportar un número apreciable de bajas. Algunos, como Egipto o Pakistán, porque no quisieron sumarse a una operación muy rechazada por el mundo musulmán, otros, como Turquía, porque su intervención hubiese agravado las tensiones interétnicas en Irak.

Pese a todo se consiguió formar dos divisiones multinacionales que se hicieron cargo del control de la zona Centro-Sur del país, de mayoría chií e inicialmente más estable. La División Multinacional Sur se organizó bajo mando británico, mientras que la Centro lo hizo bajo mando polaco.

España también colaboró, enviando inicialmente una fuerza conjunta al puerto de Um Qasar, en el Sur del país con misión humanitaria. Esta fuerza, de unos 900 efectivos, cuyo núcleo era el buque *Galicia* de la Armada, realizó tareas de reconstrucción de infraestructuras, desminado, asistencia humanitaria y abastecimiento a la población de la zona entre el 9 de abril y el 21 de junio de 2003. Posteriormente, se decidió integrar en la División multinacional Centro un contingente español compuesto por unos 1.300 efectivos que, junto con otros contingentes de El Salvador, Honduras, República Dominicana y Nicaragua integraba su vez una Brigada Multinacional, la *Plus Ultra*. Esta Brigada desplegó en las provincias de An Nayaf y Al Qadisiya, estableciendo su cuartel general en la capital de esta última; Diwaniya. Su permanencia en la zona se mantuvo hasta mayo de 2004, fecha en la que se produjo el repliegue de los contingentes que la integraban, excepto el salvadoreño.

Mientras tanto, la insurgencia se consolidaba de forma lenta pero inexorable. En junio comenzaron los sabotajes sistemáticos contra las instalaciones petrolíferas y aumentaron los ataques contra la Coalición que llegaron a sobrepasar los 20 de media diaria. En ese mes murieron 16 soldados norteamericanos a manos de los rebeldes, y en Julio la cifra llegó a 27. En agosto los grandes atentados suicidas contra la embajada de Jordania y, sobre todo, contra la sede de NNUU. en Bagdad, que se saldó con 24 muertos, entre ellos el enviado especial Sergio Vieira de Melho y el capitán de navío español Manuel Martín Oar, mostraron los nuevos derroteros de los insurgentes, e hicieron que la sombra de los *yihadistas* internacionales y de *Al Qaeda* comenzase a planear sobre el suelo iraquí.

Frente a esta actividad creciente de los grupos rebeldes, el ejército norteamericano intentó reaccionar con una estrategia clásica de contrain-

surgencia, pero pronto comprobó que le faltaban elementos para desarrollarla con eficacia. La carencia más importante era la de inteligencia, especialmente la procedente de fuentes humanas. Las unidades desplegadas en Irak se encontraban con que les resultaba imposible penetrar en los entresijos de la sociedad iraquí, en parte por las lógicas diferencias lingüísticas y culturales, y en mayor parte porque carecían de colaboradores locales fiables.

Antes de la guerra, miles de exiliados iraquíes fueron instruidos para actuar como intérpretes y asesores del ejército, pero la mayoría de ellos llevaba mucho tiempo fuera de Irak y habían perdido el contacto con la realidad cotidiana. Los norteamericanos tampoco pusieron excesivo interés en desarrollar equipos de inteligencia capaces de confundirse con la población civil. Con su sistema de obtención de información en este precario estado, tuvieron que enfrentarse a una insurgencia que estaba en gran parte integrada por ex miembros de los servicios secretos y las fuerzas especiales de Sadam. Evidentemente, los insurgentes no tuvieron excesivos problemas en “cegar” temporalmente a la inteligencia norteamericana, neutralizando a los exiliados, eliminando a los dispuestos a colaborar y aterrizando en general a la población para que no proporcionase información a la Coalición.

Otra carencia grave seguía siendo el volumen de fuerzas disponibles. Esto se convertía en un problema especialmente importante a la hora de sellar las inmensas fronteras iraquíes, para evitar la llegada de combatientes extranjeros, armas y divisas para la insurgencia. La confianza en poder ejercer ese control mediante una combinación de helicópteros, aviones de reconocimiento no tripulados (UAV,s) y satélites de vigilancia pronto se demostró excesivamente optimista. Las fronteras eran muy permeables y estaban además muy transitadas. Las rutas de contrabando, abundantes en un Irak sometido a embargo durante años, hacían fácil el movimiento. Las masivas peregrinaciones desde Irán hacia los lugares santos del chiísmo permitían camuflar cualquier persona o mercancía. La ocupación física de los pasos fronterizos hubiera necesitado decenas de miles de efectivos. Y el ejército iraquí, el único capaz de proporcionarlos, había desaparecido.

En consecuencia las acciones militares norteamericanas entre mayo y octubre de 2003 fueron poco eficaces. Se perdió la iniciativa, ya que normalmente el comportamiento se limitaba a intentar responder a los ataques rebeldes. Y en muchas ocasiones se daban palos de ciego afectando a muchos iraquíes que sufrían registros y detenciones sin tener nada

que ver con los insurgentes, lo que les predisponía en ocasiones a colaborar con ellos. Por si fuera poco, los registros eran a veces bastante violentos, y frecuentemente fueron filmados y emitidos por el propio ejército norteamericano, sin comprenderse muy bien con qué finalidad. Las imágenes de mujeres y niños arrodillados y aterrorizados en mitad de la noche, mientras los soldados registraban sus casas, consiguieron indignar a gran parte del mundo árabe sin ningún resultado positivo a cambio.

Pero no todo era negativo en la posguerra iraquí. Los antiguos líderes del *Baas*, algunos de ellos relacionados con la insurgencia, cayeron en su mayoría en manos de la Coalición. La muerte de los hijos de Sadam, Udai y Qusai, en julio hizo caer en la cuenta a muchos iraquíes de que el régimen efectivamente había desaparecido. La insurgencia seguía fortaleciéndose, pero sus actividades principales se limitaban a la zona Centro-Norte del país, el famoso triángulo sunní, delimitado por Bagdad al Este, Ramadi al Oeste y Tikrit al Norte. La mayoría chií no se mostraba especialmente amistosa, pero se mantenía relativamente tranquila, conscientes de que la nueva situación era potencialmente mucho más favorable que el régimen de Sadam. Parte de la policía se reintegró a sus puestos y fueron adiestrados de nuevo por las fuerzas de la Coalición, lo que permitió reducir la ola de saqueos y dar cierta apariencia de normalidad a las principales ciudades.

En el aspecto político se había creado en julio un órgano embrionario de gobierno, el denominado Consejo de Gobierno iraquí. Estaba formado por 25 representantes, de acuerdo con la distribución étnica y religiosa de la población iraquí y todos ellos eran opositores al antiguo régimen. Sus atribuciones en principio eran escasas, y su prestigio muy cuestionado por los iraquíes, que apenas conocían a sus miembros, a quienes tachaban de marionetas en manos del ocupante. La conducta de algunos de ellos no fue excesivamente ejemplar, y la labor de preparar la transición política resultó muy lenta debido a la disparidad de intereses entre los representantes.

En octubre, la situación empeoró sustancialmente. La llegada del Ramadán coincidió con un aumento de los ataques en todo el país. Los atentados, emboscadas y derribos de helicópteros se tradujeron en más de 100 soldados muertos solo en el mes de noviembre. Entre ellos siete agentes españoles del Centro Nacional Inteligencia, asesinados en una emboscada en las proximidades de Latifiya (otro agente del Centro había muerto asesinado en octubre en Bagdad) Paul Bremer fue llamado a Washington y volvió de allí con instrucciones para realizar una transferencia de autoridad a un gobierno iraquí antes del 30 de junio siguiente.

Para algunos observadores esa fue una señal muy clara de que las cosas iban mal en Irak. Además, la transferencia de autoridad fue vista como muy apresurada, pese a que se hacía inevitable ante las críticas que la CPA estaba cosechando tanto en el interior de Irak como en la esfera internacional. La perspectiva de una transferencia de autoridad próxima renovó los esfuerzos por dotar a Irak de capacidad de autogobierno, pero esto no resultaba tarea sencilla. En octubre, la conferencia internacional de donantes consiguió recaudar apenas 33.000 millones de dólares para la reconstrucción del país, solo una porción de lo imprescindible. Casi las dos terceras partes eran contribución norteamericana. La esperanza inicial de que la reconstrucción iraquí podría autofinanciarse mediante los dividendos de la exportación de crudo se demostraron exageradas. Las instalaciones petrolíferas estaban en peor estado del esperado, y los sabotajes continuos de los oleoductos causaban frecuentes interrupciones del suministro. La producción solo alcanzó el nivel previo a la guerra a mediados de 2004, y durante breves periodos.

En diciembre, la captura de Sadam Husein supuso una inyección de esperanza para la Coalición. Sin embargo, el aislamiento y las miserables condiciones en las que fue encontrado el ex dictador demostraron que la insurgencia se estaba separando cada vez más de sus orígenes baasistas, adquiriendo una personalidad propia en la que en la que predominaban el nacionalismo, los intereses de las tribus sunníes y el integrismo islámico importado por combatientes extranjeros. La captura de Sadam no supuso ninguna variación en la pauta de ataques diarios contra las fuerzas de la Coalición y aquellos que las apoyaban dentro del país.

El año 2004 se inició con sensaciones contradictorias dentro de Irak. En el lado positivo, aunque la situación económica y el estado de las infraestructuras seguían siendo poco alentadores, la perspectiva de una espectacular mejora como consecuencia de las inversiones extranjeras hacía albergar ciertas esperanzas a la población. Por otro lado, el proceso político continuaba con dificultades, pero continuaba. El Consejo de Gobierno, creado como embrión de la futura administración iraquí, dedicaba la mayor parte de su tiempo a las disputas internas, pero al menos era un órgano nacional más o menos representativo. La policía y las primeras unidades de la Guardia Nacional dejaban sentir una presencia cada vez mayor, sustituyendo en ocasiones a las fuerzas de la Coalición, y la captura de Sadam Husein alejaba casi definitivamente el fantasma del regreso del régimen baasista.

Pero en el lado negativo la insurgencia demostraba cada día su fuerza, controlaba ya parcialmente algunas zonas rurales y urbanas del triángulo sunní y hacía cada vez más difícil el proceso de reconstrucción. Las fuerzas de la Coalición seguían sin disponer de una inteligencia adecuada, y la perspectiva de un año muy violento obligaba a las fuerzas armadas norteamericanas a exprimir sus recursos para relevar las unidades destacadas en Irak sin reducir excesivamente el nivel de fuerza.

El nuevo año marcó también una nueva forma de actuación de la insurgencia. Su objetivo prioritario pasó de las fuerzas de la Coalición a la nueva administración iraquí, así como a las fuerzas policiales y militares en proceso de creación. De hecho, durante los meses de enero y febrero, la mayor parte de los ataques se dirigieron contra ellas. Arreciaron también los grandes atentados cuya finalidad aparente era provocar un aumento de la tensión entre las diferentes comunidades étnicas y religiosas. Tanto kurdos como chiíes fueron objeto de ataques devastadores, que hicieron pensar en una estrategia de guerra civil por parte de algunos elementos de la insurgencia.

FALUYA Y LA CRISIS DE ABRIL DE 2004

Entre febrero y marzo de 2004 se completó el relevo de fuerzas norteamericanas, reduciéndose su número a unos 110.000 efectivos. Sin embargo, el esfuerzo de mantener una fuerza de ese tamaño en un teatro como Irak comenzaba a hacerse sentir. Muchas de las unidades recién llegadas incluían un alto porcentaje de reservistas y miembros de la Guardia Nacional, con un nivel de instrucción inferior a los soldados y *marines* en servicio activo.

A finales de marzo cuatro empleados norteamericanos de la empresa de seguridad *Blackwater* intentaron atravesar la ciudad de Faluya, al Oeste de Bagdad. Sufrieron una emboscada en la que todos murieron, siendo sus cadáveres arrastrados por la multitud y algunos de ellos colgados en uno de los puentes de acceso a la ciudad. Este incidente no fue inhabitual en Faluya, una ciudad especialmente problemática, incluso bajo el régimen baasista, y que se había opuesto con especial violencia a la presencia de fuerzas extranjeras. En mayo de 2003 una manifestación a favor de Sadam Husein, mezclada con disparos de francotiradores, había provocado una respuesta norteamericana que terminó con 18 civiles muertos. Desde entonces la ciudad había sido uno de los lugares más peligrosos de Irak, y parte de sus barrios estaban controlados de hecho

por milicias insurgentes. Tampoco era éste un fenómeno aislado; en otras ciudades como Ramadí, Baquba o Samarra, o incluso en el propio Bagdad, amplias áreas urbanas permanecían bajo el control rebelde.

El linchamiento de los civiles norteamericanos desencadenó una respuesta inmediata: dos batallones de *marines* rodearon la ciudad y comenzaron a atacar algunos puntos de su periferia. Pero su número era muy escaso, incluso para aislar el casco urbano. Un batallón de la nueva Guardia Nacional iraquí que fue desplegado en su apoyo se negó a combatir, y prácticamente se disolvió debido a las deserciones. El ataque norteamericano a Faluya provocó una respuesta de la insurgencia en todo Irak, especialmente en la provincia de Al Anbar, al Oeste de Bagdad.

Pero lo más grave estaba ocurriendo en el Centro Sur del país. Allí, en Nayaf, Kufa y Kerbala, ciudades santas del chiísmo, había tomado fuerza un movimiento liderado por el joven clérigo Muqtada al Sadr. Las credenciales de al Sadr no eran muy impresionantes en el mundo chií salvo por un detalle: su padre había sido un respetado miembro de la Hawza (consejo chií) asesinado años atrás por Sadam Husein. El caso es que Muqtada había mantenido siempre una aspiración de poder e influencia que se presentaba difícil de satisfacer, dada su juventud e inexperiencia frente a los grandes *ayatollahs* de la Hawza, especialmente el venerable Ali Sistani.

Pero Al Sadr había sabido aglutinar en su torno a las capas más depauperadas de las principales ciudades chiíes, utilizando un discurso muy radical, opuesto frontalmente a la presencia de fuerzas extranjeras. Su radicalismo contrastaba con la posición moderada de los *ayatollahs*, conscientes de que la ventaja demográfica chií (entre un 50% y un 60% de la población) jugaría en su favor en cualquier proceso democrático impulsado por los ocupantes.

La organización de Al Sadr estaba desde tiempo atrás en el punto de mira de las autoridades norteamericanas pues, en ocasiones, sus milicias habían atacado a las fuerzas de la Coalición. Pero, a principios de Abril, el arresto de Al Yakubi, uno de los lugartenientes de Al Sadr, desató una auténtica revuelta. La inteligencia norteamericana no supo valorar las consecuencias de ese arresto, que puso en pie de guerra a varios miles de combatientes y en graves dificultades a las fuerzas de la Coalición que guarnecían la zona Centro y Sur del país. En la propia capital, los habitantes del barrio de Al Sadr, una misera zona chií denominada así en honor del padre de Muqtada, se enfrentaron también a las fuerzas norteamericanas.

Con el país sumido en el caos por la ofensiva sunní y la rebelión chií los norteamericanos perdieron totalmente la iniciativa y se vieron forzados temporalmente a una situación defensiva. El asedio a Faluya tuvo que suspenderse tras llegar a un extraño compromiso por el que la seguridad de la ciudad se dejaba en manos de la denominada “brigada de Faluya” compuesta en su mayor parte por antiguos militares de Sadam. Para colmo de males, a finales de ese mes comenzaron a aparecer en los medios de comunicación fotografías tomadas en la cárcel de Abu Ghraib, principal penal del país, en las que se mostraban evidentes abusos y humillaciones a presos iraquíes por parte de personal militar norteamericano, lo que desató un importante malestar internacional, e irritó todavía más a la opinión pública del mundo musulmán.

El mes de abril resultó especialmente negativo para los esfuerzos de estabilización, tanto que algunos dieron el conflicto por perdido. Las bajas norteamericanas en ese mes superaron a las del conflicto convencional del año anterior, la insurgencia sunní se hizo con el control de algunas ciudades, la insurrección de Al Sadr amenazó con incendiar la hasta entonces pacífica población chií y el prestigio de las fuerzas armadas norteamericanas cayó hasta su nivel más bajo en décadas. Además, la reconstrucción sufrió un golpe devastador cuando los insurgentes comenzaron a secuestrar y asesinar brutalmente a cualquier extranjero que trabajase en Irak, mientras las recién creadas fuerzas policiales demostraron que su fiabilidad era muy relativa. En definitiva fue un periodo desolador cuyo colofón fue el asesinato, en mayo, de Ezzedine Salim, Presidente del Consejo de Gobierno iraquí.

La crisis de abril fue en gran parte consecuencia de carencias y errores previos. Las fuerzas de la Coalición en Irak nunca fueron suficientes para controlar el país. La insurgencia pudo así desarrollarse hasta alcanzar una fortaleza tal que le permitía ocupar zonas del territorio y desafiar la potencia de fuego norteamericana. La oposición a la intervención militar en el mundo árabe y musulmán se materializó en una corriente de apoyo a la insurgencia iraquí, que incluía desde voluntarios hasta ayudas financieras que atravesaban sin problemas las permeables fronteras del país. La desproporción entre los recursos empleados en la guerra y los dedicados a la reconstrucción impidió que los iraquíes pudieran creer en un futuro mejor, manteniéndoles en cambio en una situación que para algunos resultaba peor que la existente bajo el régimen de Sadam, y empujando a muchos de ellos hacia la insurgencia.

Pero quizás la lección más dura que políticos y militares norteamericanos debieron aprender fue que la gestión del conflicto por parte de unos

y otros había sido muy deficiente. Las fuerzas armadas dejaron que la insurgencia se fortaleciese hasta convertirse en un problema de primer orden y, por otra parte, parecieron incapaces de cualquier esfuerzo de comprensión cultural que les permitiese definir quién era realmente su enemigo. Los políticos de la CPA mostraron poca celeridad y eficacia al gestionar la reconstrucción, y demostraron aún menos habilidad diplomática al no poder impedir que tanto sunníes como chiíes terminasen combatiendo contra la Coalición. Pero quizás fue el propio gobierno norteamericano el que debió realizar un examen más detenido de su conducción del conflicto, pues de él dependían en último término las decisiones sobre efectivos desplegados, fondos destinados a la reconstrucción y movimientos diplomáticos para ganar apoyos a su presencia en Irak; en definitiva los principales elementos que habían fallado.

Pero, pese a este escenario negativo, la crisis de abril demostró también que cabía alguna esperanza. Pese al castigo sufrido, las instituciones iraquíes no se colapsaron; la mayoría de los chiíes no secundó el llamamiento a la rebelión de Al Sadr y la propia brutalidad de muchas acciones de la insurgencia provocó fracturas en su seno, especialmente entre los grupos locales y los *yihadistas* extranjeros. Pero EEUU comprendió que la estabilidad estaba todavía lejos, y por eso decidió aumentar su contingente en el país hasta los 138.000 efectivos, asumiendo así una carga humana y económica que no había previsto inicialmente.

LA TRANSFERENCIA DE AUTORIDAD. LAS FUERZAS LOCALES (JUNIO-OCTUBRE 2004)

La transferencia de autoridad se realizó finalmente en junio, sin que se produjese la ofensiva rebelde inicialmente prevista. Una asamblea de notables había elegido a Iyad Alawí como Primer Ministro del nuevo Gobierno Provisional. Alawi era un chií muy moderado, próximo también a algunos antiguos elementos del *Baas* disidentes con Sadam Husein. El equilibrio entre religiones y etnias se intentó mantener mediante el reparto de cargos políticos. Se eligió un Presidente, Al Yawar, como cabeza del estado con carácter representativo. Al Yawar era un sunní procedente de los grupos tribales, no lejano en teoría a algunos sectores de la insurgencia. Bajo su autoridad se encontraban dos vicepresidentes, uno kurdo, el otro chií.

El nuevo Gobierno Provisional representaba un avance político importante pues, tras la desaparición de la CPA, se convertía teóricamente en

el órgano supremo de poder en el país, el primero desde la caída de Sadam Husein. Los reconocimientos internacionales, la Resolución 1546 del Consejo de Seguridad de NNJU y la perspectiva de unas elecciones legislativas para 2005, que consolidasen un proceso democrático, lo dotaron de una aceptable legitimidad. No obstante, ésta era todavía cuestionada en muchos sectores del país. Muchos líderes chiíes, y por supuesto los insurgentes sunníes, seguían acusando al nuevo ejecutivo de ser una marioneta de Washington, que era quién ejercía el poder real a través de su presencia militar y de la poderosa embajada en Bagdad, liderada ahora por John Negroponte.

El gobierno de Allawi se mostró razonablemente eficiente y su Primer Ministro más enérgico de lo que cabía esperar. Su actitud hacia la insurgencia supo combinar firmeza, no dudando en utilizar la potencia militar norteamericana, con intentos de acercamiento político a los grupos insurgentes más moderados. No obstante, la capacidad de maniobra del nuevo ejecutivo era reducida. Por un lado se veía muy limitado por las prerrogativas de los diplomáticos y los mandos militares norteamericanos. Por otro, su grado de control del país era muy tenue; muchas ciudades sunníes estaban total o parcialmente ocupadas por los insurgentes, en el Sur chií la autoridad de los líderes religiosos seguía siendo muy superior a la del gobierno de Bagdad; y en el Norte los kurdos mantenían instituciones de gobierno prácticamente autónomas. Por si fuera poco los atentados contra los altos cargos de la administración eran cotidianos, y resultaba rara la semana en la que alguno de ellos no era muerto, herido o secuestrado por los insurgentes.

El gobierno y las fuerzas de la Coalición (ahora denominadas Fuerza Multinacional o MNF) pronto tuvieron que hacer frente a nuevas amenazas a la seguridad. Tras unos meses de calma relativa, la insurrección de Al Sadr se reactivó en agosto en el Centro y Sur del país. Durante el mes de mayo, aceptada ya la pérdida de Faluya, el mando militar norteamericano había podido concentrar sus esfuerzos en reprimir la revuelta de los partidarios del clérigo chií. Al contrario que los insurgentes sunníes, los hombres de Al Sadr apenas tenían instrucción militar, actuaban desordenadamente y contaban con un apoyo reducido de la población. A las fuerzas norteamericanas no les fue difícil aislarlos progresivamente, e inflingirles fuertes bajas utilizando francotiradores y ataques aéreos de precisión.

A principios de Junio Al Sadr se había comprometido a cesar las hostilidades a cambio de que se respetase su libertad. Pese a este acuerdo se producían esporádicamente hostilidades, especialmente en el conflic-

tivo barrio bagdabí de Ciudad Sadr. En agosto, probablemente en un intento de su líder para deslegitimar al nuevo gobierno, la rebelión estalló de nuevo. Pero en esta ocasión los norteamericanos habían perdido la paciencia. Se lanzaron al ataque tanto en el barrio de Al Sadr como en la ciudad de Nayaf, núcleo de la rebelión. Allí consiguieron arrinconar a los seguidores de Moqtada, asediándoles en la mezquita de Alí, lugar santo del chiísmo. El gobierno iraquí se mantuvo firme y autorizó el asalto a la mezquita, siempre que éste se realizará utilizando exclusivamente tropas iraquíes.

Cuando un desenlace trágico parecía inevitable, apareció en escena el gran ayatollah Ali Sistani, de regreso de una intervención quirúrgica en Londres. Su llamamiento a la movilización popular logró concentrar a decenas de miles de fieles en Nayaf, lo que por una parte evitó un asalto de consecuencias impredecibles, consiguiendo salvar a Al Sadr y, por otro, acabó efectivamente con la insurrección y dejó bien claro quién tenía el poder real en el Irak chií. A partir de ese momento los diferentes focos de la rebelión se fueron apagando, normalmente mediante acuerdos de entrega de armas y desmovilización.

Solucionado aparentemente el problema de Al Sadr quedaba todavía el reto militar de Faluya y del resto de las ciudades total o parcialmente en manos de los rebeldes sunníes. Entre estas últimas se encontraban Samarra, Baquba y Balad en el Norte de Bagdad y Ramadi al Oeste. En Septiembre, este control se extendió parcialmente a Tell Afar, un nudo de comunicaciones al Oeste de Mosul y Mahmudiyah, una ciudad al Sur de la capital, también situada sobre varias líneas importantes de comunicación.

Aunque puede tratarse de un fenómeno casual, motivado por la presencia más o menos importante de tribus sunníes hostiles a la Coalición y al Gobierno, lo cierto es que la disposición de esas ciudades controladas por la insurgencia hace pensar inmediatamente en una estrategia de aislamiento de la capital, y de corte de las principales rutas logísticas de las fuerzas norteamericanas. Desde Ramadi y Faluya se pueden interrumpir las comunicaciones con Jordania, y desde Samarra, Balad y Baquba las que proceden de Turquía, evitando incluso la posibilidad de desviarlas por el Oeste, mediante el control de Tell Afar. Ambas rutas habían sido activadas por el mando militar norteamericano para descongestionar las comunicaciones procedentes de Kuwait. Con el control de Mahmudiyah-Latifiya al Sur, los rebeldes pueden también causar problemas en estas últimas. De hecho, la única carretera que permanece en la actualidad más o menos

libre de insurgentes es la que llega a Bagdad por el itinerario Kuwait-Basora-Kut próxima a la frontera iraní.

Si esta estrategia de cerco y corte de rutas es real, sería un indicador de algo tan preocupante como que existe algún tipo de mando unificado de la insurgencia, capaz de planear operaciones complejas con finalidad estratégica. Esto sería una muy mala noticia para las fuerzas de la Coalición que siempre han supuesto que se enfrentaban a grupos locales. En cualquier caso, el mando militar norteamericano no podía tolerar esa situación, con varias ciudades en manos rebeldes y sus rutas logísticas amenazadas. La previsión de que en enero de 2005 se celebrarían elecciones legislativas en todo el país aceleró además la necesidad de extender la autoridad de Bagdad por todo el territorio iraquí. Pero, sin embargo, la proximidad de las elecciones presidenciales norteamericanas el 2 de noviembre, impedía cualquier operación de envergadura hasta después de esa fecha.

Pese a esta limitación, a principios de octubre se lanzó una operación para recuperar Samarra, que había caído en manos de los insurgentes poco después de la transferencia de autoridad. La operación fue un éxito y se recuperó el control del centro urbano. Mientras tanto se comenzó a acumular fuerzas en torno a Faluya, que había sido objeto de bombardeos aéreos sistemáticos desde el verano.

Tanto en Samarra como en Faluya se pretendía que las fuerzas iraquíes tuviesen un papel destacado. Desde su decepcionante actuación en la crisis de Abril las fuerzas policiales y militares iraquíes habían mejorado apreciablemente tanto en número, como en equipamiento y adiestramiento. Su estructura comprendía en octubre de 2004 cuatro cuerpos diferentes: la policía, con unos 70.000 efectivos, dependiente de los alcaldes y gobernadores provinciales, la Guardia Nacional, con unos 25.000 efectivos, equipados militarmente y bajo la dirección del gobierno interino y los gobernadores regionales, la Guardia de Fronteras con unos 5.000 efectivos y, por último el ejército, en un estado embrionario, aunque con algunas unidades tipo brigada prácticamente operativas.

Pese a los avances, no se había podido solucionar todavía el problema de los infiltrados procedentes de la insurgencia. Las unidades tanto militares como policiales eran objeto de frecuentes y devastadores ataques que provocaban decenas de muertos cada mes, lo que, junto a la renuencia de sus miembros a luchar contra otros iraquíes, provocaba un alto porcentaje de deserciones. De hecho, en la operación de Samarra la

mitad de un batallón de guardias nacionales que apoyó a las fuerzas norteamericanas desertó. Otro factor preocupante era que estas fuerzas incluían un porcentaje cada vez mayor de kurdos y chiíes, pero sin embargo debían actuar fundamentalmente en zonas de población sunní, lo que aumentaba considerablemente las tensiones étnicas, alimentando el riesgo, nada desdeñable, de una guerra civil.

Sin embargo, los mandos de la MNF eran conscientes de que solo la organización de fuerzas locales eficientes y fiables podría frenar a la insurgencia a largo plazo. En el otoño de 2004 el Pentágono se veía obligado a planificar un nuevo relevo de fuerzas para 2005, que implicaría que algunas de las unidades que participaron en el ataque inicial contra Irak deberían volver a prestar servicio en el país. Las protestas de miembros de las fuerzas armadas por la extensión de sus periodos de servicio comenzaban a hacerse más frecuentes y públicas, y muchos reservistas y guardias nacionales estaban ya cerca de cumplir el máximo de tres años de servicio efectivo que les exige su contrato. En definitiva los mandos militares norteamericanos sabían que no se podría mantener por mucho tiempo el nivel de fuerzas en Irak, y que solo su progresivo relevo por fuerzas locales podría salvar la situación.

PULSO ANTES DE LAS ELECCIONES (NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2004)

La victoria de George Bush en las elecciones presidenciales fue la señal de activación para la ofensiva sobre Faluya. La ciudad se había convertido en el principal símbolo de la resistencia iraquí, y además proporcionaba a los insurgentes una excelente base de operaciones, permitiéndoles organizarse, adiestrarse y equiparse con relativa seguridad. Los norteamericanos habían señalado además a Faluya como la base de operaciones del terrorista jordano Abu Mussab al Zarqawi, considerado el jefe de *Al Qaeda* en Irak. En realidad parece que esta apreciación, como la propia figura de Al Zarqawi, han sido exageradas en parte por el mando militar norteamericano, pese a que el propio Bin Laden ha reconocido al jordano como su representante en Irak. Las escasas informaciones que llegan desde el bando insurgente muestran más bien a Al Zarqawi como el jefe de un modesto grupo de combatientes extranjeros, capaz ciertamente de llevar a cabo atentados de entidad, pero muy enemistado con los jefes locales precisamente por lo indiscriminado de muchas de estas acciones, que suelen provocar más víctimas iraquíes que norteamericanas. Por otro lado el porcentaje de extranjeros entre los insurgentes cap-

turados ha sido siempre muy bajo, nunca superior al 2% y, aunque Al Qaeda actúa sin duda en Irak, no parece propio de la organización hacerlo a través de un único jefe.

Para esta ocasión las fuerzas acumuladas para el ataque eran muy superiores a las de abril. Unos 10.000 *marines* y soldados norteamericanos, apoyados por otros 2.000 soldados iraquíes. La batalla se inició el 8 de noviembre y fue la más dura desde la caída de Sadam. La mayor parte de los insurgentes pudieron abandonar la ciudad, pero un número indeterminado se quedaron para su defensa, sufriendo graves bajas, en torno a 1.600 muertos según fuentes norteamericanas. Pero en el lado de la Coalición las cosas tampoco fueron nada fáciles, 80 *marines* y soldados murieron y unos 700 resultaron heridos allí entre noviembre y diciembre.

El ataque a Faluya desencadenó de nuevo una contraofensiva de la insurgencia en gran parte del país. Pero en esta ocasión los esfuerzos se concentraron en Mosul, la tercera ciudad iraquí. Allí la mayor parte de las comisarías de policía fueron asaltadas y saqueadas, y docenas de policías y guardias nacionales asesinados. El centro de la ciudad llegó a estar de hecho en manos de los insurgentes por algunos días. La reacción norteamericana no se hizo esperar, pero la disponibilidad de fuerzas en Mosul (apenas una brigada) era mucho más reducida que en Faluya y claramente insuficiente para asumir el control de una ciudad de casi un millón de habitantes. La necesidad de fuerzas obligó a utilizar combatientes kurdos, pero esto provocó una violenta reacción de la comunidad árabe. Decenas de kurdos, combatientes o no, fueron ejecutados en los barrios controlados por la insurgencia.

Además de Mosul, la insurgencia renovó sus ataques en Ramadi, Samarra, Bagdad, Baquba y en el centro petrolero de Baiji. Tropas norteamericanas y británicas, a su vez, lanzaron una ofensiva en la zona de Mahmudiya-Latifiya, al Sur de Bagdad que, aunque obtuvo buenos resultados iniciales, terminó sin poder expulsar a los rebeldes de la zona. Estas acciones mostraron que la batalla de Faluya difícilmente resultaría decisiva, al menos a corto plazo. Los insurgentes mostraron de nuevo su fuerza y su capacidad para golpear en varios puntos a la vez, aunque también sufrieron un importante desgaste.

A finales de diciembre la estrategia de la insurgencia pareció modificarse un tanto, orientándose a intentar hacer imposible la celebración de las elecciones legislativas. Los ataques sobre las fuerzas norteamericanas disminuyeron, pero aumentaron espectacularmente los atentados sobre

las fuerzas de seguridad iraquíes, los funcionarios, los políticos y, en definitiva, todo lo relacionado con la administración del país. En la semana del 26 de diciembre al 2 de enero de 2005 murieron casi 100 policías y miembros de la Guardia Nacional. Los miembros de esta última han sido integrados en el ejército a partir del 5 de enero de 2005, en un intento de paliar la debilidad de ambas organizaciones. Durante el mes de enero continuó la tónica de ataques diarios, que se saldaron con centenares de muertos. Entre ellos se encontraban muchos funcionarios y políticos como el gobernador de Bagdad y el segundo jefe de la policía de la capital, así como personas e infraestructuras relacionadas con las elecciones.

Ante la convulsa situación, y la perspectiva de que sería muy difícil organizar el voto en las zonas de población sunní, varios partidos, incluido el del Primer Ministro, solicitaron un aplazamiento de las elecciones. Sin embargo, ni los grupos chiíes ni las autoridades norteamericanas se mostraron partidarias de ello en absoluto. La fecha definitiva quedó fijada para el 30 de Enero, provocando el llamamiento al boicot por parte del principal partido sunní, el Partido Islámico de Irak.

Las elecciones se desarrollaron el 30 de Enero de forma ligeramente mejor a la prevista. Ese día murieron alrededor de cincuenta personas en ataques de los insurgentes, pero eso no impidió que casi ocho millones de votantes acudieran a las urnas, según datos del gobierno. La mayoría de ellos eran evidentemente chiíes y kurdos que vivían en zonas no excesivamente golpeadas por la violencia. En las zonas de mayoría sunní la abstención fue muy elevada y, en algunas zonas como la mayor parte de la provincia de Al Anbar, o la ciudad de Samarra, el voto fue sencillamente imposible.

En el momento de escribir estas líneas la victoria chií parece inevitable. Concretamente la del bloque de partidos religiosos agrupados al amparo de la figura de Ali Sistani. Pero las elecciones se han desarrollado en unas circunstancias tan excepcionales que su impugnación resulta fácil, y será ejercida con seguridad por aquellos grupos políticos que se sientan perjudicados en los resultados electorales. Los sunníes sin duda, pero quizás también algunos grupos chiíes minoritarios. Una victoria chií plantea numerosos interrogantes y no pocas inquietudes en la región. Entre los norteamericanos para quienes Sistani, educado en Irán y miembro de la jerarquía de *ayatollahs* que gobierna el país vecino, es todavía una incógnita. Para las monarquías del Golfo, sunníes extremos, pero con significativa presencia chií en sus reinos; y para el propio Irak en el que un gobierno chií, puede hacer que se desaten definitivamente las rivalidades étni-

cas y religiosas. Del ejercicio de la moderación por parte de los líderes chiíes, y especialmente de Ali Sistani, quizás el auténtico vencedor de la posguerra iraquí, dependerá que el país emprenda el camino de la estabilización o se sumerja en una guerra civil.

CONCLUSIONES Y PROSPECTIVA

El conflicto iraquí se ha desarrollado de forma muy diferente a como esperaban tanto la Administración Bush como los planificadores militares del Pentágono. Las hostilidades se han enquistado, consumiendo enormes recursos humanos y económicos, debilitando la imagen de supremacía militar de EEUU y degradando la ya de por sí convulsa situación en Oriente Próximo. Desde el punto de vista de la Guerra contra el Terrorismo sus resultados han sido, de momento, negativos, proporcionando a *Al Qaeda* y los grupos *yihadistas* un escenario mucho más prometedor que Afganistán, permitiéndoles recuperarse parcialmente, en cuanto a apoyo popular y eficacia operativa, tras la derrota sufrida en este último país.

No obstante, y pese a ciertas visiones pesimistas, EEUU todavía no ha sido derrotado en este conflicto. De hecho, está aún en condiciones de invertir su curso y de obtener ventajas estratégicas sustanciales. El relativo éxito de las elecciones de enero es un tímido avance en esta dirección. El problema está en que esta posibilidad, que aparecía prácticamente inevitable tras la caída de Sadam, se aleja un poco más cada día que pasa, al tiempo que aumentan los costes y disminuyen, también poco a poco, las expectativas de beneficios estratégicos.

La apuesta de Irak fue muy arriesgada, tanto desde el punto de vista político como militar. Por eso la preparación del conflicto debió haber sido minuciosa, atando todos los cabos en los terrenos diplomático, militar y de opinión pública. No se hizo así, probablemente por la confianza en una superioridad militar sin duda abrumadora pero que, utilizada sin otros apoyos, resultó insuficiente. De este exceso de confianza derivan la mayor parte de los problemas estratégicos que, si bien no impidieron una victoria espectacular sobre el régimen de Sadam Husein, pesaron demasiado para gestionar una posguerra muy compleja, con enemigos mucho más peligrosos que el moribundo ejército iraquí.

Desde el punto de vista militar las operaciones contra la insurgencia se han desarrollado según un patrón clásico, pero se han visto lastradas por múltiples problemas estructurales. El primero de ellos es que las fuerzas

armadas que surgieron de la profunda reforma emprendida tras la guerra de Vietnam no estaban diseñadas para este tipo de conflicto. Parece algo paradójico, teniendo en cuenta que Vietnam fue un conflicto similar en algunos aspectos al actual, pero precisamente por eso los responsables del Pentágono diseñaron una fuerza, no para ganar otro Vietnam, sino para evitar que una situación parecida volviera a producirse.

Se consideraba que había que evitar de cualquier forma verse de nuevo empeñado en una larga guerra irregular y, para ello, se organizó una fuerza profesional, reducida, razonablemente móvil y con una enorme potencia de combate fruto de la superioridad tecnológica; una fuerza diseñada para golpear pero no para permanecer sobre el terreno largo tiempo. Esto funcionó bastante bien en los conflictos de los años 90, y aunque la fuerza abrumadora no se pudo utilizar en Afganistán, se compensó con un brillante aprovechamiento de las fuerzas locales. Pero en Irak no se empleo ninguno de los dos modelos, se regateó el despliegue de una fuerza capaz de controlar el país de forma efectiva, cuando apenas había fuerzas locales aprovechables sobre el terreno. Así, en los meses posteriores a la caída de Bagdad, que hubieran sido fundamentales para consolidar la presencia de la Coalición, iniciar la reconstrucción y anular o limitar el nacimiento de la insurgencia, la falta de efectivos tuvo que mucho que ver con la degradación de una situación que todavía no ha mejorado sustancialmente.

Desde un punto de vista estrictamente militar el conflicto de Irak ha supuesto un correctivo importante para las fuerzas armadas norteamericanas, especialmente para el ejército de tierra. El conflicto ha supuesto un grave coste humano y económico que ha forzado al máximo la capacidad de despliegue del ejército, y ha provocado la ralentización del proceso de transformación en el que estaba inmerso. También se han enfriado las expectativas sobre el impacto de la superioridad tecnológica contra un adversario asimétrico, recuperándose en cambio otros conceptos más tradicionales como la necesidad de inteligencia de fuentes humanas, la importancia del control del terreno o el papel todavía destacado de las fuerzas pesadas, frente a la tendencia al aligeramiento asumida en la última década.

Pero quizás el mayor daño sufrido por el ejército norteamericano se haya producido en el plano psicológico. La imagen de invencibilidad, claramente ganada en los últimos conflictos, se ha roto, o al menos se ha degradado. Esto puede tener consecuencias estratégicas importantes ya que, precisamente, la estabilidad global de las últimas décadas se ha

construido sobre la presunción de que las fuerzas armadas de EEUU eran militarmente imbatibles. La demostración de que pueden ser batidas conducirá inevitablemente a un aumento de la inestabilidad, al no resultar ya tan descabellado desafiar militarmente a la superpotencia, si se dan las condiciones adecuadas. En Oriente Próximo, concretamente, los problemas norteamericanos en Irak han hecho respirar aliviados a sirios e iraníes, conscientes que EEUU difícilmente puede afrontar otra guerra en la región. Que ese alivio pase a convertirse o no en una postura más agresiva dependerá de la evolución de los acontecimientos en Irak.

El futuro de Irak se presenta lleno de nubarrones por algunos años. Aunque la MNF y el gobierno iraquí pudiesen revertir la situación, la insurgencia se ha hecho demasiado fuerte como para ser eliminada en un plazo corto. Las elecciones legislativas de enero se han presentado públicamente como un punto decisivo que marcará el declive de la insurgencia. Pero esta visión es probablemente muy optimista. Tras la aparentemente inevitable victoria chií puede darse efectivamente un escenario estable, en el que muchos grupos sunníes decidan abandonar la insurgencia para integrarse en el juego político, ante la perspectiva de la irrelevancia y la desaparición bajo la supremacía chií. Pero resulta también probable que unas instituciones políticas chiíes exijan la retirada de las fuerzas multinacionales, para emprender acto seguido una represión de la insurgencia sunní que conduzca a una guerra civil.

Pese a este horizonte incierto, la principal esperanza está en que la mayoría de los iraquíes, sunníes incluidos, parecen estar hartos de la actual situación de violencia, provenga de donde provenga, y desean un rápido retorno a la normalidad. Al igual que ha ocurrido en otros conflictos recientes, los excesos de los radicales islámicos pueden terminar por volverse contra su propia causa.

En cualquier caso una victoria militar que reduzca las actividades de la insurgencia a un nivel soportable podría facilitar una transición pacífica, convenciendo a muchos grupos sunníes de la inutilidad de la resistencia y la necesidad de integrarse en la vida política. Pero, en las actuales circunstancias, parece algo bastante difícil; sería necesaria una presión continua sobre los insurgentes que actualmente no se da. Y ni las tropas de la MNF van a aumentar (probablemente ocurrirá todo lo contrario tras las elecciones) ni las fuerzas de seguridad iraquíes estarán suficientemente operativas hasta dentro de muchos meses, si llegan a estarlo. En cualquier caso, la única posibilidad de limitar, al menos, el efecto devastador de la insurgencia reside en que estas últimas fuerzas puedan hacerse cargo de

la seguridad en la mayor parte de las zonas, dando a las fuerzas norteamericanas la posibilidad de concentrarse en acciones más ofensivas. El reclutamiento, equipamiento y adiestramiento de las fuerzas iraquíes, en el que participará también la OTAN, adquiere así un carácter crítico.